



**Alejandro Milotich
Maximiliano Chirino
(Eds.)**

En la lengua materna.
Ensayos sobre La vida del espíritu
de Hannah Arendt

En la lengua materna.

Ensayos sobre *La vida
del espíritu* de Hannah Arendt

Alejandro Milotich
Maximiliano Chirino

(Eds.)

Colecciones
del CIFYH 

En la lengua materna. Ensayos sobre la vida del espíritu de Hannah Arendt / Maximiliano Chirino... [et al.]; editado por Alejandro Milotich; Maximiliano Chirino. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1768-6

1. Filosofía Contemporánea. I. Chirino, Maximiliano, ed. II. Milotich, Alejandro, ed. CDD 199.82

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Diseño de portadas y diagramación: María Bella

Imagen de portada:

Título: "Hannah Arendt auf dem 1. Kulturkritikerkongress FM-2019-1-5-9-16 (cropped)"
("Hannah Arendt en el I Congreso de Críticos Culturales FM-2019-1-5-9-16 (recortada)").

Autora: Barbara Niggel Radloff.

La imagen está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Pensar, elegir, aparecer: el pensamiento y su relación con el mundo de las apariencias

Alejandro Milotich*

En las primeras líneas de *La vida del espíritu*, Hannah Arendt realiza una afirmación que servirá como base para el libro: vivimos en un mundo en el que Ser y Apariencia coinciden. Esta afirmación da lugar a todo un desarrollo fenomenológico que, aunque a primera vista parezca un “retorno” a cierta meditación centrada solo en la *vida contemplativa*, tiene grandes consecuencias para la llamada filosofía práctica, en particular para la política y la ética.

Las facultades del espíritu (pensamiento, voluntad y juicio) se caracterizan por ser *invisibles*, por no tener un espacio de aparición propio en el mundo que percibimos por medio de los sentidos. Pero sí se relacionan de algún modo con el mundo de las apariencias ya que acontecen en seres que participan en dicho mundo. Mientras que la voluntad y el juicio son aquellas facultades que están “más cerca”, intencionalmente hablando, del mundo de las apariencias, el pensamiento se caracteriza por una retirada total; y a la vez, aunque las facultades son autónomas y no se determinan unas a las otras, Arendt resalta una prioridad del pensamiento respecto de la voluntad y el juicio porque sin los objetos que proporciona el pensamiento no sería posible la actividad reflexiva de las otras facultades.

La pregunta que surge es de qué manera el pensamiento se relaciona con el mundo de las apariencias teniendo en cuenta, por un lado, que para pensar debemos retirarnos temporalmente del mundo dado a los sentidos y, por otro lado, que sin la actividad del pensamiento las otras facultades no tendrían objetos con los cuales ponerse en marcha.

En este trabajo buscaremos esclarecer la relación entre la facultad de pensar y el mundo de las apariencias tomando como eje de lectura que los seres humanos pueden escoger, hasta cierto punto, cómo desean aparecer en el mundo. Sostendremos que en esta elección la facultad de pensar es

* IDH - CONICET - UNC
alemilotich.94@gmail.com

central por el efecto que tiene en la facultad del juicio, que estará estrechamente relacionada con las cuestiones morales.

El pensamiento en el horizonte de reflexión arendtiano

En la obra de Hannah Arendt el pensamiento no es una categoría estable, sino que sus definiciones y abordajes varían de acuerdo a los intereses de su trabajo. La preocupación por el pensamiento en relación con las cuestiones morales y políticas está presente en la obra de la autora al menos desde los '50, en sus indagaciones sobre el fenómeno totalitario. En *Los orígenes del totalitarismo* ([1951] 1998) la pensadora alemana identifica como una de las características centrales del sistema totalitario la eliminación de la dimensión moral de la existencia (normalmente llamada "conciencia moral"). En "Ideología y terror" de 1953 Arendt se ocupa detenidamente del pensamiento como aquel espacio sobre cuya conquista se establece la "dominación total del hombre", justamente a partir de la destrucción de la capacidad de pensar entendida como diálogo silencioso del dos-en-uno, junto con la eliminación de las condiciones para actuar.

Como veremos, la recuperación de la figura socrática será fundamental para el planteo arendtiano sobre la moral y el pensamiento, figura que podemos encontrar justamente en "Sócrates" ([1954] 2008), donde se sugiere de manera oblicua que el pensamiento puede prevenirnos de hacer el mal, y se señala como el descubrimiento socrático fundamental el hecho de que al pensar soy "dos-en-uno" y que vivo conmigo mismo. El diálogo interno aparece como la condición primaria del pensamiento, cuya actividad se traduce en el diálogo del yo con el yo. Será en este texto donde podemos encontrar una idea central para nuestro desarrollo: así como aparecemos ante los otros, también aparecemos ante nosotros mismos.

Aunque a lo largo de los años '50 la preocupación central de Arendt será por la acción como el centro de la política, deja pendiente la pregunta por una posible articulación no platónica entre pensamiento y vida de la acción. Así, hacia el final de *La condición humana* ([1958] 2020) la pregunta por el sentido del pensamiento surge como una incógnita a partir de la recuperación de una dimensión no cognitiva del pensamiento que lo entienda como actividad y no como acción. La creciente preocupación de la autora por los temas morales y en particular por el pensamiento, sin dejar de lado su articulación con la política, se acentúan en los '60.



A comienzos de esta década Arendt asiste al juicio a Eichmann, experiencia a partir de la cual surge la tesis sobre la “banalidad del mal”, y que la lleva a centrar sus reflexiones en el pensamiento y el juicio. La figura de Eichmann en su irreflexión moviliza la preocupación arendtiana por la moral, y le permite descubrir una conexión entre pensamiento, juicio y resistencia al mal. Sus indagaciones la llevarán a dirigir la atención a aquellas personas que, al contrario del jerarca nazi, no modificaron su conducta moral en una situación de juicio colectivamente corrupto, aquellas que eran capaces de decir “esto no puedo hacerlo”. Aquí Arendt ya identifica que la actividad de pensar tiene un rol preventivo en momentos de crisis porque nos previene de hacer el mal, sin embargo, en situaciones no extremas ese rol preventivo es políticamente irresponsable porque no nos dice qué hacer ni cómo actuar ya que su criterio es el yo y no el mundo (Arendt, [1971] 1995, [1965-1966] 2007).

A lo largo de los ‘60 y ‘70 la reflexión arendtiana se complejiza con la introducción de las “facultades del espíritu”: pensamiento, voluntad y juicio. En diferentes cursos y seminarios sobre temas relacionados con la moral, la facultad del pensamiento tiene primacía, aunque se introduce de manera incipiente a la voluntad y se continúan los desarrollos sobre el juicio. Las diferentes lecciones de estos años ilustran cómo Arendt introduce las “cuestiones morales” desde una perspectiva filosófica y las liga a los problemas políticos que marcaron su obra previamente.

Este breve recorrido nos permite situar y reconstruir el interés arendtiano por el pensamiento y el mundo, los cuales se vinculan definitivamente con las cuestiones morales a partir de los ‘60. Es en *La vida del espíritu* donde encontramos un desarrollo detallado del pensamiento y la voluntad, así como claves que permiten entender la relación de las facultades con el juicio y el mundo para reflexionar sobre el vínculo entre pensar y actuar, entre el cuidado moral de uno mismo y el cuidado del mundo.

Retomando líneas trabajadas anteriormente, en su obra póstuma Arendt reafirma que hay algo en el pensamiento que previene a los hombres de hacer el mal, una propiedad que no depende del objeto del pensamiento, sino que es inseparable de su propia actividad. Tomando como punto de partida el hecho de que el pensar se da en la vida cotidiana, en *La vida del espíritu* se recupera una línea de la tradición socrático-kantiana

para dar cuenta del sentido no técnico¹ de la actividad del pensamiento. Cuando pensamos somos dos-en-uno, en nuestra unicidad se inserta una diferencia que se hace explícita en un “diálogo silencioso” que tenemos con nosotros mismos; por lo que no solo aparecemos ante otros sino que lo hacemos también ante nosotros mismos. En el proceso del pensamiento hay una escisión de nuestra unicidad que no es percibida en el mundo de las apariencias por lo que, desde un punto de vista existencial, el pensamiento es una actividad solitaria (pero no aislada del mundo). Aquí se traza una diferencia entre *solitud* y *soledad*: “la solitud [*solitudine*] es aquella situación humana en la que uno se hace compañía a sí mismo. La soledad [*loneliness*] aparece cuando estoy solo sin poder separar en mí el dos-en-uno, ni hacerme compañía a mí mismo [...], cuando soy uno y sin compañía” (Arendt, 2002, pp. 207-208; las itálicas son de la autora). La relación que establecemos con nosotros mismos solo puede actualizarse cuando no estamos en compañía de otros, cuando no participamos del mundo activamente.

Como dijimos, lo que caracteriza al pensamiento es el diálogo silencioso que establecemos con nosotros mismos, un diálogo cuyo criterio no es la búsqueda de la verdad sino la coherencia o el acuerdo con uno mismo; su contracara, la incoherencia o desacuerdo nos transformaría en nuestro propio “enemigo”. Esto se debe a que, como aparecemos ante nosotros mismos, convivimos con un testigo interno que da cuenta de nuestra realidad y nuestros actos; un testigo que nos está “esperando en casa” porque no puedo separarme de él. Aquí hay una novedad del planteo arendtiano ya que somos espectadores de nuestros propios actos siempre y cuando estemos dispuestos a actualizar la diferencia interna por medio del pensamiento. La presencia de este compañero interno indica que aun cuando estamos en solitud no estamos separados totalmente de la pluralidad de los hombres, hay un indicio de la pluralidad en el interior de cada uno porque somos dos-en-uno.

La “conciencia moral” que se actualiza por la actividad de pensar puede ayudar, hasta cierto punto, a conducir el comportamiento con otros si no estamos en contradicción con nosotros mismos. Sin embargo, y en tanto

1 Arendt toma la distinción kantiana entre *Vernunft* y *Verstand* para sostener que el pensamiento busca el significado y no la verdad. Esto le permite adscribir la facultad de pensar a todas las personas y no únicamente a los “pensadores profesionales”.

el criterio del diálogo es la armonía, la actividad de pensar no da prescripciones para la acción, solo puede decir qué no hacer anticipando la presencia del testigo interno. El hecho de vivir de manera coherente con uno mismo como si se tratase de un amigo no tiene una dimensión política ni una preocupación por el cuidado del mundo, salvo en situaciones límites o excepcionales.

Consideramos que en la relación entre la facultad de pensar y el mundo se pone en juego un elemento de “decisión” que permite allanar el camino para aclarar el vínculo entre pensamiento, mundo y acción. Para ello primero es necesario indagar en la concepción fenomenológica arendtiana del mundo de las apariencias.

El mundo de las apariencias

La apuesta arendtiana por el vínculo entre pensar y actuar en el mundo se hace explícita cuando en el libro sobre el pensamiento dedica el primer capítulo a la apariencia y la naturaleza fenoménica del mundo. Al inicio del capítulo Arendt sostiene desde una perspectiva fenomenológica que vivimos en un mundo en el que Ser y Apariencia coinciden. Las cosas del mundo comparten como rasgo común el hecho de que *aparecen*, de que son percibidas por medio de los sentidos por una diversidad de criaturas; y específicamente no hay ninguna aparición como tal sin la presencia de criaturas capaces de percibir y reconocer las apariencias. Por lo tanto, todo lo que aparece lo hace siempre ante otros, a espectadores que otorgan significado a las apariencias.

No existe nada ni nadie en este mundo cuya misma existencia no presuponga un *espectador*. En otras palabras, nada de lo que es existe en singular desde el momento en que hace su aparición; todo lo que es está destinado a ser percibido por alguien. No es el Hombre en mayúsculas, sino la totalidad de los hombres los que habitan este planeta. La pluralidad es la ley de la tierra. (Arendt, 2002, p. 43; *itálicas de la autora*)

La mención de la pluralidad es fundamental porque reconoce al mundo de las apariencias como un espacio común y compartido, como el mundo de la acción en el cual nos vinculamos con otros. En tanto Ser y Apariencia coinciden, no podemos “escapar” del mundo, por lo que tampoco podemos hacerlo de la condición humana de la pluralidad que aparece así como un hecho ineludible.

El mundo de la apariencia existió antes de la llegada de cada uno y continuará luego de nuestra partida, lo que significa que aparecemos y desaparecemos del mundo pero no solo a partir del nacimiento y la muerte, sino también a partir de aparecer ante otros o de retirarnos del espacio de aparición, de vivir una vida pública o retirarnos a la vida privada.

La apariencia siempre requiere espectadores, al menos potenciales, para que la reconozcan como tal. El conocimiento tácito de que hay otros que perciben sensorialmente igual que yo es fundamental para la certeza de que todo lo que existe lo hace de manera autónoma al acto privado de percepción. Esta “fe perceptiva” es central no solo para sostener la realidad del mundo, sino también para “tener fe” en la forma en que aparecemos ante nosotros mismos (Arendt, 2002, p. 70). La realidad de lo que percibimos está garantizada por una sensación de realidad sustentada por el contexto mundano de aparición en la que hay otros que perciben por medio de sus sentidos de la misma manera en que yo lo hago. Por lo tanto, como seres vivos formamos parte y somos seres del mundo, y así como aparecemos y desaparecemos para otros, los otros también aparecen y desaparecen para nosotros. Es decir que no somos solamente espectadores del mundo, sino también actores, percibimos y somos percibidos, somos sujetos y objetos, y serán siempre los otros, en tanto multiplicidad y pluralidad de espectadores, quienes garanticen la realidad objetiva de cada uno y del espacio común que compartimos.

El mundo como escenario de aparición es necesario para el actor para poder localizarse en un espacio común y para interactuar con otros, y es necesario también para el espectador para reconocer ese espacio común y apreciar las apariencias y actos de los otros otorgándole sentido a las acciones. En esta doble filiación como actores y espectadores nos mueve una necesidad de mostrarnos, de aparecer en ese escenario que es el mundo y que estaba ahí antes de nuestra llegada. Este escenario común, sin embargo, *parece* distinto para cada individuo-espectador porque el aparecer siempre implica *parecerle* algo a otros. El “me parece” cambiará según el punto de vista y la perspectiva del espectador que percibe la apariencia. Pero no se trata de una mera subjetividad del “me parece” porque no es posible para un único espectador poder percibir todos los aspectos de la apariencia; los seres y objetos aparecen ante una multiplicidad de espectadores, al menos potenciales, que reconocen y sustentan una realidad común objetiva.

La primacía del mundo de las apariencias será fundamental para la indagación arendtiana sobre las facultades del espíritu porque los hombres, a diferencia del resto de las criaturas, pueden *retirarse* temporalmente del mundo tal como aparece por medio de las actividades mentales. Sin embargo, esta retirada no es total porque en tanto Ser y Apariencia coinciden no es posible huir de la apariencia dentro de la apariencia. Así, uno de los puntos nodales en *La vida del espíritu* será el de poder dilucidar si las actividades mentales pueden aparecer y encontrar un lugar apropiado en el mundo o no (Arendt, 2002, p. 47), es decir si pueden encontrar su lugar para la política y la moral.

Las facultades del espíritu se caracterizan por ser reflexivas, autónomas y por moverse en el ámbito de lo invisible, por “fuera” del mundo de las apariencias. Por lo tanto no necesitan un espacio de aparición, a diferencia de la acción y del discurso por ejemplo; sin embargo, las facultades están relacionadas con el mundo de la apariencia y, aunque no puedan modificar la realidad directamente, Arendt sostiene que los principios a partir de los cuales se actúa y juzga dependen, en última instancia, de la vida del espíritu (2002, p. 93).

Para aclarar esta vinculación, la fenomenología de un mundo en el que Ser y Apariencia coinciden resulta fundamental porque las actividades del espíritu acontecen en ese mundo y en un ser que participa del mismo y que tiene una *necesidad* de aparecer. Aunque podamos retirarnos del mundo de las apariencias, por el hecho de haber nacido en este mundo siempre estaremos indisolublemente unidos a la Apariencia, por lo que el espíritu también estará esperando que *algo* se le aparezca. Ahora bien, ¿qué es ese *algo*? El espíritu puede presentarse a sí mismo cosas ausentes a los sentidos por un proceso mediado por la imaginación y la memoria, en el cual la imaginación hace presente cosas ausentes y la memoria pone a disposición estas representaciones para las actividades mentales; es decir que las representaciones invisibles solo “existen” cuando son recuperadas de manera activa y deliberada por la memoria.

Como el espíritu trata con invisibles, que son “objetos del pensamiento”, Arendt sostendrá, como ya señalamos, un orden de prioridad del pensamiento sobre la voluntad y el juicio.

Resulta inimaginable cómo podríamos desear o juzgar, esto es, manejar cosas que todavía no existen o que ya no están, si el poder de representación y el esfuerzo requerido para dirigir la atención mental hacia aquello que rehúye la atención de la percepción sensible no se hubiera adelantado y preparado el espíritu para la posterior reflexión, así como para la voluntad y el juicio. En otras palabras, aunque aquello que suele denominarse ‘pensar’ no baste para poner en marcha la voluntad o para dotar al juicio de reglas universales, sí debe preparar los particulares dados a los sentidos para que el espíritu pueda operar con ellos cuando no estén; en suma, los debe *desensorizar*. (Arendt, 2002, pp. 98-99; *itálicas de la autora*)

El proceso de desensorización, el hecho de transformar un objeto visible en una imagen invisible que está lista para ser usada por el espíritu, no puede ponerse en marcha sin datos previos de la percepción sensorial: “Antes de suscitar cuestiones tales como qué es la felicidad, qué es la justicia, qué es el conocimiento y otras similares, es preciso haber visto a gente feliz e infeliz, haber presenciado actos justos e injustos, haber sentido el deseo de conocer y sus satisfacciones o frustraciones” (Arendt, 2002, p. 109). Es decir que la operación de la imaginación antecede a la actividad de pensar ya que esta trata con datos inmateriales que fueron desensorizados y almacenados en la memoria que puede, a partir del recuerdo, trabajar con ellos originando las “cadenas de pensamiento”. El pensamiento se realiza después de la experiencia, por lo tanto, no habrá ningún objeto sensible que no pueda convertirse en objeto del pensamiento por medio de la imaginación. La retirada del mundo será esencial para el pensamiento porque esta facultad siempre trabaja con representaciones y objetos ausentes a los sentidos, a la vez que siempre implica recuerdo. Sin embargo, el vínculo entre pensamiento y mundo no será unidireccional o determinante ya que, aunque todo acto de pensamiento surja de la experiencia, la misma experiencia no tiene sentido ni coherencia si no está implicado el proceso de pensamiento. El retiro del mundo de las apariencias permite posicionarnos como espectadores de lo que sucede, en tanto que podemos comprender aquello que se nos ofrece en la percepción y darle un sentido.

Las actividades mentales se caracterizan por ser invisibles y tratar con invisibles desde la perspectiva del mundo de las apariencias y, en el caso del pensamiento esta característica se acentúa porque incluso cuando se actualiza permanece invisible. En principio, la única manifestación visible de la vida del espíritu es la distracción, la cual no dice nada de lo que está sucediendo en el interior del individuo. Ahora bien, las actividades

mentales que son invisibles y tratan con invisibles se manifiestan en el mundo, y también al yo pensante, por medio del lenguaje. Las palabras de las que se vale el espíritu toman su vocabulario de aquellas palabras que en principio pertenecían a la experiencia sensible o a la vida cotidiana. Para Arendt este “préstamo” no es arbitrario y, siguiendo a Kant, dirá que es metafórico ya que proporciona intuiciones del mundo de la apariencia que permiten “deshacer” la retirada del mundo propia de las actividades espirituales: “La metáfora consigue la ‘traslación’ -*metapherein*- de una genuina y, a primera vista, imposible *metabasis eis allo genos*: la transición de un estado existencial, el del pensamiento, a otro, el ser una apariencia entre apariencias” (Arendt, 2002, p. 126). Por lo tanto, por medio de la metáfora es posible unir el abismo entre las actividades invisibles y el mundo de las apariencias, que permite “iluminar” lo que no puede verse pero sí decirse.

En particular, pensamiento y lenguaje están interconectados por la búsqueda del significado, y como se parecen en este punto, los seres pensantes sienten el impulso de hablar y los seres hablantes sienten el impulso de pensar (Arendt, 2002, p.121). La palabra como portadora de significado garantiza la unidad de la experiencia humana entre aquello que sucede en la vida del espíritu y lo que sucede en el mundo de las apariencias. De lo dicho se concluye, por un lado, que el lenguaje es el único medio por el cual lo invisible puede manifestarse en el mundo y, por otro lado, que el pensamiento no puede existir sin ser dicho por medio de palabras en el diálogo silencioso.

Aunque el pensamiento es la facultad del espíritu que intencionalmente está más alejada del mundo de la apariencia, se vincula estrechamente con él. Por un lado, porque los objetos del pensamiento son invisibles desensorizados que en un principio pertenecían al mundo de la apariencia; por otro lado, porque para iluminar las actividades espirituales y poner en marcha al pensamiento es necesario el lenguaje, cuyas palabras también refieren en principio a cosas del mundo de la apariencia. Pero esta vinculación no es meramente operativa y funcional, sino que tendrá un papel fundamental a la hora de relacionarnos con nosotros mismos y aparecer en el mundo.

Aparición, pensamiento y juicio

Como mencionamos anteriormente, los seres del mundo tienen una necesidad de aparecer y de mostrarse ante otros, es decir que la “aparición externa” es necesaria incluso en la actividad de pensar. Esto se debe a que el diálogo silencioso del dos en uno es un discurso entre yo y yo mismo cuya principal finalidad es la de ser oído y comprendido; pero no solo por mi compañero interno sino también por otros, hay una necesidad de comunicar mis pensamientos en el espacio común.

Los seres humanos además de mostrarse y adecuarse al mundo de las apariencias, también “se *presentan*”, de obra y palabra, y así indican como *desean* aparecer, qué es según ellos apropiado para ser visto y qué no lo es” (Arendt, 2002, p. 58). La diferencia es crucial porque la autopresentación se caracteriza por una elección activa y consciente de cómo queremos presentarnos en el mundo de las apariencias, mientras que la autoexhibición está relacionada con mostrar las propiedades que cada ser vivo posee. En este sentido podemos sostener que la autopresentación es propia de los seres humanos en tanto tienen actividad espiritual, lo que los distingue del resto de los seres vivos del mundo.

De acuerdo con Arendt, los seres humanos pueden elegir hasta cierto punto cómo aparecer ante los otros, y esta elección no depende tanto del entorno sino más bien de la actividad espiritual “porque deseamos agradarnos a nosotros mismos o porque queremos dar ejemplo, esto es, persuadir a los otros para que les satisfaga aquello que nos satisface a nosotros” (Arendt, 2002, p.60). Como mencionamos anteriormente, el pensamiento es la facultad del espíritu que intencionalmente se encuentra más alejada del mundo de las apariencias, en su retirada no tiene intenciones de “volver” al mundo, pero se ve interrumpida y obligada a hacerlo por las necesidades y los requerimientos de la vida cotidiana. Sin embargo, a pesar de esta distancia con el mundo que el pensamiento querría totalizar, la autopresentación no puede darse sin algún grado de autoconciencia, la cual está ligada al carácter reflexivo de las actividades mentales y principalmente al pensamiento.

Para remarcar la importancia de esta facultad para elegir cómo aparecer ante otros, Arendt retoma la figura de Sócrates a partir del dicho “ *Sé como deseas aparecer, que quiere decir: aparece siempre tal como deseas aparecer ante los otros, incluso si estás solo y no te muestras ante nadie*

más que ante ti mismo” (Arendt, 2002, p. 61; itálicas de la autora). Para Arendt, ese *dictum* socrático se dirige a una reflexividad del agente moral cuya condición de posibilidad es cierta conciencia de la relación que tengo conmigo, y que me permite “aparecer” para mí mismo.

La elección es un factor decisivo para la autopresentación, pero cuando detenemos el pensamiento y volvemos al mundo para actuar, nuestra presentación queda sujeta a la percepción de una pluralidad de espectadores ya que nada de lo que aparece en el mundo puede ser percibido en todos sus aspectos por un único espectador, por ello Arendt dirá que elegimos hasta cierto punto cómo aparecer ante los otros. Todo lo que se manifiesta se hace desde un “me parece” determinado por la perspectiva particular y la situación en el mundo de cada uno de los agentes-espectadores, quienes dotan de sentido a la apariencia. Esta vinculación entre lo que se decide para la autopresentación en el pensamiento y el mundo de la apariencia se vale de la figura del *Weltbetrachter* kantiano y no del espectador filosófico tal como lo entiende la tradición ya que se enfatiza, por un lado, la dimensión de la pluralidad humana, y por el otro, el lugar de observación que está situado en el propio mundo (Forti, 2001, p. 397).

Cuando decidimos cómo aparecer no se pone en juego solo una presentación física o de vestimenta, sino lo que es más importante se toma una elección moral de cómo queremos mostrarnos y parecerle a los otros: “Cuando se toma una decisión como ésta, no se está reaccionando simplemente a las cualidades que pueden darse en uno; se está realizando un acto de elección deliberada entre las distintas posibilidades de conducta que ofrece el mundo” (Arendt, 2002, p. 61). Como veremos más adelante, el hecho de elegir *deliberadamente* entre posibilidades de conducta requerirá ir más allá del pensamiento y dirigir nuestra atención hacia la facultad de juzgar.

El tipo de relación que tengamos con nosotros mismos puede delimitar, pero no determinar, cómo nos mostraremos y actuaremos en el mundo, por lo que a aquellas personas que no dialogan consigo mismas no les importará cómo aparecen en el mundo moralmente hablando. El éxito o fracaso de la autopresentación en el mundo dependerá de la consistencia y la duración de la imagen que podamos mostrar en el acto y el discurso, por medio de los cuales manifestamos nuestra actividad mental. Cuando aparecemos ante nosotros mismos queremos hacerlo a partir de la coherencia o armonía, porque nuestro testigo interno es un compa-

ñoero inseparable al que no podemos “engañar” con una apariencia falsa o incoherente porque no podríamos ser constantes en dicha autopresentación. Mientras que el hipócrita siempre puede ser descubierto en el mundo de las apariencias por su falta de consistencia en acto y palabra, la hipocresía no puede sostenerse en el diálogo interno a riesgo de caer en incoherencia con nosotros mismos. La excepción serían aquellas personas que, conscientes de su desarmonía interna, toman una decisión existencial por el mal y se presentan y actúan de manera hipócrita y malvada en el mundo; aunque estos casos serían más propios de la literatura, como el caso de *Ricardo III*.

Como mencionamos anteriormente, del hecho de vivir armoniosamente con nosotros mismos no surgen prescripciones para actuar, el pensamiento no es político en sí ya que su preocupación es por el cuidado de sí antes que por el cuidado del mundo. Pero en tanto no queremos aparecer como criminales ante nosotros mismos y ante otros, tomamos una decisión moral que, en tiempos de crisis y situaciones límites sí contiene una dimensión política implícita. Aquí se resalta el efecto crítico que tiene el pensamiento sobre las opiniones, valores y doctrinas, que produce para Arendt un efecto liberador sobre la facultad de juzgar, considerada la más política de las facultades del espíritu. Mientras que el pensamiento opera con invisibles, el juicio lo hace sobre particulares y sobre cosas del mundo, introduciendo el elemento de deliberación necesario para decidir cómo aparecer.

Si el pensar -el dos-en-uno del diálogo silencioso- actualiza la diferencia dentro de nuestra identidad, dada en la conciencia, y por ello produce la conciencia como su subproducto, entonces el juzgar, el subproducto liberador del pensar, realiza el pensamiento, lo hace manifiesto en el mundo de las apariencias, donde nunca estoy solo y siempre demasiado ocupado para pensar. La manifestación del viento del pensar no es el conocimiento; es la capacidad de distinguir lo bueno de lo malo, lo bello de lo feo. (Arendt, 2002, p. 215)

Si entendemos junto con Arendt que el pensamiento tiene como subproducto un efecto liberador sobre el juicio, la deliberación por medio de la facultad de juzgar permite elegir entre distintas posibilidades de conducta, cuyo último criterio en todo caso sería el de mantener la armonía del yo con el yo. Así como aparezco ante otros lo hago ante mí mismo, y de la manera en que aparezco ante mí mismo y me relaciono con ese yo

por medio del diálogo silencioso dependerá en gran medida mi relación con los otros en el mundo de las apariencias.

En tanto la pluralidad es una de las condiciones humanas básicas, la relación de uno con uno mismo es lo que caracterizará a la vida del espíritu. El espíritu se pone en marcha siempre y cuando se actualice la relación en la que, desde un punto de vista existencial, la pluralidad se reduce a la dualidad (Arendt, 2002, p. 96). El estado de la *solitud* es el que permite actuar sobre uno mismo, pero la presencia del testigo interno anticipa la presencia de los otros, aquellos espectadores que están presentes en el mundo de la apariencia y quienes darán sentido a mi aparición.

Conclusiones

En este trabajo buscamos mostrar la relación existente entre el pensamiento y el mundo de las apariencias en relación con las cuestiones morales. Consideramos el núcleo problemático del asunto, en primer lugar, porque el pensamiento es la facultad que estuvo estrechamente ligada para Arendt, al menos desde los '50, a las cuestiones morales; en segundo lugar, porque en *La vida del espíritu* se sostiene que el pensamiento es la facultad que está más alejada del mundo de las apariencias y no tiene en el centro de sus consideraciones al mundo, pero que sin embargo cumple cierto papel para elegir cómo aparecer ante otros; finalmente, porque el efecto liberador que el pensamiento tiene sobre el juicio permite introducir el elemento de deliberación fundamental para la decisión de cómo aparecer, que sí introduce la preocupación por el mundo.

Así, pudimos ver que, por medio del diálogo silencioso y buscando la armonía interna actualizamos la conciencia de sí, pero será por medio de la facultad de juzgar por la cual decidimos qué es apropiado para la apariencia, construyendo la autopresentación. No debemos tomar la relación interna que se produce en el pensamiento como el criterio absoluto de elección moral, tal como alertaba Arendt en los '60 ya que, en la ética filosófica, aunque el "testigo interno" adelante en cierto punto la presencia de los otros, lo que se juzga es el "sí mismo". En contraposición, en los juicios políticos en los cuales nos enfrentamos con los otros y por medio de los cuales ponemos en consideración el mundo común, lo que se juzga es justamente el mundo y no el "yo". Es decir que, aunque cierta armonía moral

es requerida de manera elemental para cualquier juicio moral o político, de esto no se deriva un criterio de juicio.

El juicio permite acercarnos al mundo de las apariencias de manera intencional, y permite también colocar como centro al mundo en el cual aparecemos, ayudando a superar el momento “subjetivo” del pensamiento donde su única preocupación sería el hecho de mantener la armonía interna. Sin el vínculo existente entre la actividad de pensar y el mundo de las apariencias por medio del juicio, el espíritu se dedicaría a actividades de “pensamiento puro” y viviríamos en total soledad, como si el Hombre y no los hombres habitaran la tierra.

Referencias

- Arendt, Hannah, ([1971] 1995). El pensar y las reflexiones morales. En *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah, ([1951] 1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- Arendt, Hannah, (2002). *La vida del espíritu*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah, ([1965-1966] 2007). Algunas cuestiones de filosofía moral. En *Responsabilidad y juicio*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah, ([1954] 2008). Sócrates. En *La promesa de la política*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah, (2009). *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah, (2016). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Penguin Random House.
- Arendt, Hannah, ([1958] 2020). *La Condición Humana*. Barcelona: Paidós.
- Beiner, Ronald, (1983). *Political Judgment*. Cambridge: Cambridge.

- Beiner, Ronald, (2009). Hannah Arendt y la facultad de juzgar. En *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*. Barcelona: Paidós.
- Bernstein, Richard, (1992). ¿Qué es juzgar? El actor y el espectador. En *Perfiles filosóficos* (pp. 253-271). Madrid: Siglo XII.
- Bernstein, Richard, (2006). Arendt on thinking. En *The Cambridge Companion to Hannah Arendt*. Cambridge: University Press.
- Forti, Simona, (2001). Una conciliación imposible, en *Vida del espíritu y tiempo de la polis: Hannah Arendt entre filosofía y política*. Madrid: Universitat de València.
- Hunziker, Paula (2018). *Filosofía, política y platonismo. Una investigación sobre la lectura arendtiana de Kant*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hunziker, Paula, (2019). Los dilemas del socratismo en la modernidad. Algunas hipótesis sobre la lectura arendtiana de Kant. *Anacronismo e Irrupción*. 9(16), pp. 11-39.

